

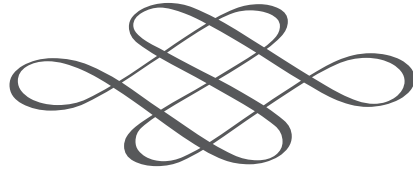
PERDICIÓN

Mary Webb

Libros de
seda

A mi querido H. B. L. W.

LIBRO PRIMERO





C A P Í T U L O 1

La laguna de Sarn

Fue en un hilado compartido donde vi a Kester por primera vez. Y, si en estos tiempos que corren llenos de novedades, con inventos raros que nos llegan uno tras otro, cuando incluso he oído decir que en algunas partes del país se está empezando a utilizar una máquina que siega y que trilla, hay quien lea esto y no sepa lo que era un hilado compartido, se enterará a su debido tiempo. Ciertamente que era el hilado compartido de Jancis Beguildy —ella tenía entonces veintitrés años y yo dos menos—, pero no es ese el comienzo de la historia que me propongo contar.

Kester sostiene que todas las historias, las de verdad y las inventadas, se remontan más allá de la infancia; sí, más allá incluso del niño que duerme en su cuna de juncos. Puede que el lector no haya dormido nunca en una cuna de juncos, pero en Sarn todos lo hicimos. En Sarn hay juncos por todas partes y a la anciana señora Beguildy se le daba de maravilla trenzarlos sobre aros de barrica. Luego se les añadían unos balancines y ya teníamos una bonita cuna, verde y mullida, donde el bebé podía sentirse tan a gusto como una oruguita —proyectos de mariposas de colores, como las llama Kester— que duerme en su capullo. Kester es muy dado a esas cosas. Nunca va a decir «orugas». Mencionará:

«Oye, Prue, en las coles hay un montón de proyectos de mariposa». Tampoco apuntará: «Ha llegado el invierno». Observará: «El verano se ha quedado dormido». Y le basta con el brote más minúsculo y deslucido para hablar ya del comienzo de una flor.



Pero no toca aún hablar de Kester. Porque lo que me propongo contar es nuestra vida en Sarn: la de madre, la de Gideon y la mía; la de Jancis (qué hermosa era), la del brujo Beguildy y también la de las dos o tres personas que vivían por aquellos parajes. Bien pocas eran y me temo que así siga siendo por los siglos de los siglos, porque hay algo de melancólico en el lugar. Tal vez sea el rumor eterno del agua —da igual a dónde mires o dónde pongas el oído: agua por todas partes—; o los enormes árboles que- dos, meditados, que te surgen a diestra y siniestra; o la abrumadora quietud del sitio, que parece como recién creado, pero no para nosotros. O tal vez se deba a que el suelo es bastante pobre y pantanoso, y de hierba escasa y desmedrada, algo que suele ocurrir en los lugares donde crecen en abundancia los juncos y los carrizos, y florecen las primulas. El lector quizá las llame «primulas» o «primaveras», aunque nosotros les decíamos siempre «llaves del cielo». Qué maravilloso contemplar aquellas praderas nuestras de Sarn en la época de las primulas en flor. Al verlas tan doradas, te decías que ni los pies de un ángel eran dignos de caminar por ellas. En menos que cantaba un zorzal te preparabas un ramo, porque no había más que sentarse y recogerlas a manos llenas. Oro por todas partes, miraras donde mirases, excepto del lado de la laguna, allí donde arrancaban los bosques y la vasta extensión de agua cenicienta, brillante y temblorosa bajo el sol. Ni los bosques ni las aguas parecían sombríos en aquellos

agradables días primaverales, recién nacidas las hojas y con los brotes color trigo de los abedules asomando en las copas. Solo nuestro robledal conservaba de forma perenne los colores del fin de año, recién brotadas incluso sus hojas de tonos pardos, y por eso quedaba siempre un soplo de octubre en nuestro mayo. Pero era una delicia sentarse en los praderíos a contemplar las colinas lejanas. Los alerces erigían al cielo su verde intenso y el oro de las primulas parecía metérsete hasta lo más hondo del corazón; incluso la laguna de Sarn se volvía no otra cosa que una bruma azul fundida en bruma amarilla, la de las copas de los abedules. Tan de ensueño era el paraje que una abeja que pasara cerca —no digamos ya un abejorro— te sobresaltaba igual que un grito. Ahora basta con que una abeja venga hasta el tiesto de alhelíes de la ventana para que me parezca ver todo de nuevo como si lo tuviera delante, con la laguna de Plash tendida al sol del atardecer, más allá del bosque, igual que un trozo de botella de cristal.

La de Plash era más grande que la de Sarn y sin árboles cerca, así que donde no tenía colinas detrás parecía, hacia el horizonte, que las nubes nacieran del agua misma y a mí me daba por pensar en los nenúfares blancos que se ven en las orillas de Sarn hasta mitad del verano. Nada había en aquella laguna de Plash que la distinguiera de cualquier otro lago o estanque. No se agitaban sus aguas como en Sarn ni se oía el sonido de campanas de algún pueblo en lo más profundo de sus aguas. Porque en Sarn, como aseguraban las gentes del lugar, algo podía sentirse, sin duda.

En Plash vivían los Beguildy y fue en su hogar, en parte casa de piedra y en parte cueva, donde aprendí a leer libros. Tal vez resulte un poco raro que una mujer de mi humilde condición sepa leer, escribir y hasta anotar todas estas cosas en un libro, y es cierto que cuando yo era niña no había muchas —ni siquiera grandes señoras— que supieran más que garabatear alguna nota sentimental. Algunas

alcanzaban a escribir cosas como «membrillo y manzana» en sus tarros de mermelada y otras se las veían y se las deseaban para dejar consignado su nombre en las actas de matrimonio. ¡Cuántas de ellas recurrían a mí una y otra vez para que les escribiera las cartas de amor! Y qué amarga es la tarea, desde que el mundo es mundo, de escribirles cartas de amor a otras mujeres cuando es el propio corazón el que se consume.

De no haber sido por el señor Beguildy, nunca hubiera podido poner por escrito todas estas cosas. Él fue quien me enseñó a leer, a escribir y a contar. Ciertamente que era un hombre con mala fama, capaz, según se decía, de cosas que me resultaba imposible creer. Y cierto que se mezclaba en asuntos de los que era mejor no hablar. Pero nunca dejaré de darle gracias a Dios por todo cuanto hizo en mi beneficio. Ahora que ha pasado el tiempo, no puedo por menos de pensarlo: tocar el corazón de Beguildy para que me diera clases fue una extraordinaria manifestación de Su poder. Porque es verdad que a un brujo no se le puede llamar en justicia siervo de Dios, sino más bien súbdito de Lucifer, pero tampoco es que Beguildy fuera malo: solo un ser despojado de bondad, como si en él la rectitud se hubiera abrasado en las llamas de una mente apasionada deseosa de conocer todos los misterios y penetrar en ellos. Del amor, por el contrario, ni el nombre conocía. Sabía leer en los astros y predecir el futuro, y afirmaba invocar a los espíritus con sus conjuros. En cierta ocasión le pregunté dónde estaba el futuro, ya que tan claro podía discernirlo. Él me respondió: «Yace con el pasado, niña, en la noche de los tiempos». No había forma de hacerlo quedar mal. Y eso que cuando le conté a Kester la respuesta, no estuvo de acuerdo: «El pasado y el futuro», me aseguró, «son dos lanzaderas que en manos del Señor tejen la eternidad». Pero, claro, Kester es tejedor, así que tal vez eso explique su teoría. A mí me parece imposible que nos hagamos una idea de lo que son el pasado y el futuro. Tan

pequeños somos y tan desvalidos en este mundo que es como si la humanidad yaciera en una cuna de verdes juncos: mira hacia las estrellas sin llegar a conjeturar lo que son.

Tan pronto como supe escribir me fabriqué un cuaderno con tapas de percal y cada domingo anotaba en él todos los momentos alegres o sucesos dichosos que me hubieran ocurrido durante la semana para, así, conservarlos en la memoria. Si los tiempos habían sido amargos o turbulentos, también lo apuntaba y este hecho me apaciguaba el espíritu. De manera que cuando nuestro pastor supo de las mentiras que se decían sobre mí y me pidió que escribiera todo cuanto pudiese recordar —eso sí, diciendo la verdad y nada más que la verdad—, conseguí refrescar los recuerdos con solo leer las cosas que había ido poniendo por escrito un domingo tras otro.

Bueno, todo pasó ya, los apuros y las luchas. Ahora el tiempo es apacible, como en una de esas tranquilas puestas de sol sobre el campo cubierto de nieve, cuando el firmamento se tiñe de tonos verdosos y los corderos dejan sentir sus balidos. Estoy sentada junto al fuego con mi biblia en la mano, soy una mujer muy mayor y me siento cansada. Y tengo una tarea por delante antes de darle las buenas noches a este mundo. Cuando miro por la ventana y contemplo la llanura y el cielo ancho con las nubes posadas sobre los montes, me vienen a la memoria los bosques tupidos de Sarn, el llanto de la laguna al helarse y de qué manera el agua llegaba hasta el aparador bajo las escaleras al producirse el deshielo. Poco cielo veíamos allí, salvo el que se reflejaba en la laguna, y un cielo así no es un cielo de verdad. Es como entreverlo reflejado en un espejo medio a oscuras, con las sombras alargadas de los juncos apuntando a las estrellas esquivas. Hasta el sol y la luna es posible perderlos en aquel paisaje, pues la luna se desvanece en ocasiones entre las hojas de los nenúfares y cualquier garza puede plantarse delante del sol.



C A P Í T U L O 2

Decírselo a las abejas

Mi hermano Gideon nació el mismo año en que empezó la guerra con los franceses. Por eso padre quiso llamarlo Gideon, porque el nombre le sonaba guerrero. Jancis solía decir que aquel nombre le iba muy bien porque no se podía abreviar. La mayoría de los nombres pueden transformarse en apelativos cariñosos, igual que se recortan un capote o un traje para convertirlos en ropa de niño. Pero con Gideon no había nada que hacer. Y el nombre iba con el hombre. Quería muchísimo a mi hermano, pero no podía por menos de darme cuenta de aquello: si nadie te llama por tu nombre, este acaba por olvidarse, y a él la mayoría de la gente no lo llamó nunca por su nombre de pila. Lo llamaban Sarn. En vida de padre, eran Sarn el viejo y Sarn el joven, pero cuando padre murió fue como si Gideon acaparara todo. Recuerdo cómo salió aquella noche de verano: parecía como si fuera a comerse y beberse aquel sitio devorándolo con los ojos. Pero no era por amor hacia el lugar, sino por lo que pudiera sacarle. Ya por entonces recordaba mucho a padre y cada año que pasaba se le iba pareciendo aún más, por dentro y por fuera. Salvo en que tenía menos genio y costumbres más fijas, era la viva estampa de padre. A padre le daban los arrebatos en cuestión de un segundo y, cuando eso ocurría, se ponía hecho una furia. Tal vez

por eso madre tuviera ese aire de esposa resignada. En cambio, a Gideon lo vi fuera de sí, lo que se dice fuera de sí, no más de tres veces. Le solía bastar con mirarte: una de sus miradas asesinas y ya lo dejabas salirse con la suya. He visto a un perro amilanarse y gemir solo con mirarlo como él lo hacía.

Los Sarn son casi todos de ojos grises, de un gris frío como la laguna en invierno, y, si nos referimos a los hombres, ceñudos y taciturnos. «Más huraño que un Sarn», dicen por aquellas tierras. También sostienen que algo raro hay en la familia desde que a Timothy Sarn lo alcanzara dos veces un rayo en los tiempos de las guerras de religión. Ya entonces había Sarn por la zona, siempre los ha habido. El caso es que Timothy se volvió contra su gente, desoyó los consejos de un hombre de Dios y quiso irse con quienes no debía, que ahora poco importa quiénes fueran. Así que le cayó un rayo que lo dejó como muerto. Cuando, al cabo de un tiempo, consiguió recuperarse, el sacerdote lo avisó de que tenía que abrazar la causa verdadera y evitarse la amenaza del rayo, pero los Sarn siempre han sido hombres testarudos y Timothy se mantuvo en sus trece. Volvía a casa por el robledal cuando otro rayo lo alcanzó de nuevo, pero esta vez se le metió en la sangre. Desde entonces era capaz de predecir la llegada de una tormenta desde mucho antes de que se hiciera sentir y se dice incluso que, una vez esta estallaba, los relámpagos crepitaban de tal modo en torno suyo que nadie se le podía acercar. Desde entonces llevan los Sarn el rayo en la sangre.

En ocasiones me pregunto si la historia será real o si es demasiado antigua para creerla cierta. Lo mismo que toda aquella comarca de Sarn: a veces me parecía vieja en exceso para existir de verdad. Los bosques y la granja y la iglesia al final de la laguna eran todos tan añejos que se habrían dicho salidos del sueño de alguien. Y además en la zona flotaba un algo inquietante, de manera que la gente tenía miedo de transitarla pasada la puesta de sol. El ruido sordo de

un pez al saltar en el agua, el bote de Gideon dando golpe-citos contra el embarcadero como si alguien llamara a la puerta o la calzada que arrancaba desde el mismo portillo del jardín para adentrarse en la laguna hasta perderse en la profundidad de sus aguas..., todo aquel lugar parecía en verdad antiguo y solitario. Muchos domingos, al atardecer, se dejaba notar por encima de la superficie un casi imperceptible sonido de campanas. Creíamos entonces que eran campanadas procedentes del pueblo hundido en las profundidades, pero ahora me inclino a pensar que sería el eco de las de nuestra iglesia. Y es que, según dicen, hay sitios donde un sonido choca con un muro de árboles y vuelve, igual que una pelota.



Fue en uno de esos atardeceres de domingo en que aquel sordo tañido se mezclaba con el de nuestras cuatro campanas cuando, por segunda vez, nos saltamos el servicio religioso. Tan hermosa era la tarde, y tan afanados estaban padre y madre enjambrando las abejas, que decidimos escaparnos a escondidas y esperar a Jancis junto al portillo para que viniera con nosotros.

El viejo Beguildy nunca se preocupó mucho por la asistencia de su hija a la iglesia, ya que no se llevaba demasiado bien con el pastor. Al marcar el reloj las cinco la mandaba desde casa un domingo de cada cuatro —solo teníamos servicio una vez al mes, puesto que el pastor atendía una iglesia en Brampton, su lugar de residencia, y otra más por añadidura, lo que hacía más grave aún el hecho de saltarnos los oficios—, pero si la niña llegaba pronto o tarde, o si iba siquiera, jamás le preguntaba, y mucho menos sobre el tema del sermón.

Nuestro padre, en cambio, sí nos interrogaba a última hora del día, ya con la camisa de dormir enfundada. Padre tomaba

asiento en el banco, fusta en mano, y aquel escaño que durante toda la semana nos resultaba tan enorme de repente parecía diminuto, como de casa de muñecas. Daba igual dónde se sentara padre: todo parecía más pequeño. Y allí permanecíamos nosotros, descalzos sobre las losas frías, con nuestras camisas de color crudo que madre había hilado y el tejedor ambulante tejido en el telar del desván, rodeado de manzanas. Entonces padre nos preguntaba y a cada fallo hacía una marca en el banco. Una marca equivalía a un golpe de fusta al terminar la lección. Aunque padre no sabía leer, no olvidaba nunca nada. Parecía como si no parase de darles vueltas a las cosas mientras trabajaba. Creo que era un hombre muy inteligente sin suficientes cosas en que ocupar la cabeza. Hubiera estado encantado como responsable de alguno de esos nuevos telares que tanto dan que hablar ahora, pero por entonces aún eran desconocidos. Así, a falta de otras máquinas de las que encargarse, nosotros éramos su ocupación, y así, un domingo de cada cuatro, y por Navidad y por Pascua, hubiéramos preferido de todo corazón ser hijos de Beguildy, por muy mala imagen que de él tuviera el pastor, quien en sus prédicas solía amonestarlos hasta por su nombre y apellido.

Me acuerdo de una vez en que padre nos dio una buena azotaina tras el extenso sermón del Domingo de Pascua. Gideon tenía siete años y yo cinco. Mi hermano se plantó en mitad de la cocina y gritó:

—¡Ojalá fuera el hijo de Beguildy y que el diablo se llevase mi alma, amén!

Padre se puso hecho una furia aquella noche. Empezó a gritarle a madre de malos modos y a acusarla de haber malcriado a los niños, una hija que llevaba en ella la marca del diablo y un hijo cortado por el mismo patrón. Esto lo sé porque me lo dijo madre. Por mi parte, lo único que recuerdo es que ella pareció hacerse muy pequeña y, como de por sí ya lo era, terminó por volverse como un hada diminuta de cuento infantil. Conservo memoria de que dijo:

—¿Qué culpa tengo yo de que se me cruzara una liebre en el camino? ¿Qué culpa tengo?

Qué extraño resultaba oír cómo lo repetía una y otra vez. Me parece ver aquella habitación con solo cerrar los ojos, sobre todo si tengo al lado un manojo de primulas. Porque aquel año la Pascua cayó tarde, o coincidió con una racha de días templados, y, como las primulas estaban muy adelantadas en los rincones resguardados, habíamos cortado unas cuantas. La estancia se hallaba toda en penumbra, igual que una cueva, y el fuego rojo que ardía en el hogar, inmóvil, vigilante, parecía como el ojo del Señor. Había también un ojito del mismo color en cada cacharro del aparador, allí donde el resplandor quedara atrapado; mil veces en los años siguientes he vuelto a contemplar aquellas luces encarnadas que eran ecos del fuego, igual que los tañidos fantasmales eran reflejos de la campana real, y he pensado que así son en gran modo los fastos de este mundo: filas y más filas de brasas rojas que reflejaban fuegos de verdad y repiques de campanas dichas que no son sino sombras de esas campanas, apenas el rastro de un sonido que vuelve rebotado desde un muro de hojas o del cristal del agua. También los ojos de padre captaron aquel brillo. Y los de Gideon, pero no los de madre, pues ella se encontraba de espaldas al hogar, junto a la mesa donde estaban las primulas, recogiendo las tazas y los platos de la cena.

Puede parecer extraño que una niña tan pequeña conserve un recuerdo con tal claridad, pero no hay que olvidar una cosa: el tiempo graba sus imágenes en la memoria como el niño talla letras con su navaja; cuantas menos letras, más profunda es la marca. En Sarn nos sucedieron tan pocas cosas que nunca lograremos olvidarlas. La voz de madre se me agarra al corazón como el abrojo se te prende en las veredas. Su voz era muy suave, lastimera. Todo cuanto ella decía parecía contener algún significado que iba más allá de las palabras. Era en ocasiones como

quien avanza a ciegas en la oscuridad o recorre algún sombrío pasadizo con una mano tentando a cada lado, sin luz ninguna. Era así como repetía, una y otra vez, aquello de: «¿Qué culpa tengo yo de que se me cruzara una liebre en el camino? ¿Qué culpa tengo?». Y cuanto decía, aunque no tuviese nada de alegre, lo acompañaba de una sonrisa, de la forma en que sonríes para quitarle hierro al enfado de alguien o cuando te haces daño y no quieres aparentarlo. Siempre estaba ahí esa sonrisa triste. De forma que cuando padre le dio otra zorra a Gideon por querer ser el hijo de Beguildy, madre se quedó de pie junto a la mesa sin parar de decir:

—¡No lo hagas, Sarn! ¡Refrena esa mano, Sarn!

Y sonreía todo el tiempo, como si su voz queda fuese capaz de pararle la mano a padre. Pobre madre, pobre de ella. ¿Volveremos a encontrarnos en el otro mundo, querida madre, para pedirle perdón por cuánto le hicimos sufrir?

Nunca se me olvidó aquella Pascua, pero a Gideon sí, al parecer, porque cuando se lo recordé, advirtiéndole que no podíamos hacer novillos de nuevo, replicó:

—Me da lo mismo. Mandaremos a Tivvy la del sacristán a que escuche el sermón por nosotros y así podremos contestar bien. No me importa ganarme otra paliza si consigo encontrar unas cuantas conchas de las buenas para ganarle a Jancis, pues la última vez me ganó ella.

Esas conchas, para quien no lo sepa, eran de caracoles. Cuando estaban vacías, los niños las ensartábamos en cuerdas y las empleábamos para jugar, como se hace con las castañas. En nuestros bosques se daban muy bien los caracoles y Gideon competía en partidas con niños de hasta ocho kilómetros más allá de la laguna de Plash. Era famoso en los alrededores por contender con tal pasión que nadie hubiera dicho que aquello era un simple juego.



Todas las campanas repicaban a un tiempo —las cuatro de la iglesia y las otras cuatro espectrales de no se sabía dónde— cuando emprendimos la marcha aquel domingo de junio. Madre se encontraba ayudando a padre con las abejas: preparaban una nueva colmena donde alojarlas allá por donde estaba el castaño grande. Tenían formado un enjambre en un grosellero muerto y madre señaló, sonriendo como era propio de ella:

—Esto es presagio de muerte.

Pero Gideon gritó:

—¡Abejas en mayo de mucho nos valen!, ¡abejas en junio no importa si salen!

Y añadió:

—Mientras tengamos abejas, madre, nos irá bien, muera quien muera.

¡Ay, Dios! Sospecho que Gideon ya por entonces tenía un alma codiciosa. Pero a padre le pareció un chico listo. Soltó una carcajada y apuntó:

—Bueno, ahora tenemos tal cantidad de abejas que espero no ser yo quien les dé la noticia si alguien muere.

—¿Qué habéis hecho con los ramitos de romero, los libros de oraciones y los pañuelos limpios? —preguntó madre.

Y Gideon, que había tenido la esperanza de dejarlos en casa, corrió entonces a recogerlos. Madre me colocó el pañuelo por los hombros y me fijó el broche grande, el de la piedra negra, el que llevaba al morir Jorge II. Y mientras me lo prendía, murmuraba:

—Da igual lo que lleve puesto esta pobre niña. ¡Ay, pobre de mí! ¿Qué culpa tengo yo de que se me cruzara una liebre en el camino? ¿Qué culpa tengo?

Siempre que decía eso se le ponía la voz lastimera y yo volvía a pensar en alguien que avanza a tientas por un pasadizo oscuro.

—Venga, madre. Sujeta la colmena mientras levanto la rama en alto —ordenó padre—. Han hecho nido muy abajo.

Yo casi hubiera preferido quedarme, porque me encantaba ver la enorme bola que formaban las abejas, exuberante como un pastel de Navidad, y escuchar el zumbido apagado que emitían.

Salimos por el portillo siguiendo el sendero de arriba porque era el camino más corto a la iglesia y también para alcanzar a Tivvy antes de que entrase. Las gallinetas aparecían posadas sobre la laguna y el agua era del color de la luz, con reflejos como lanzas.

—¡Ahora! —gritó Gideon—, ¡sálvese quien pueda!

—¿Pero nos persigue alguien?

—Sí, los de la laguna.

Corrimos entonces cuanto nos daban las piernas y llegamos a la iglesia justo cuando sonaban las dos últimas campanadas, con aquel dingdong que a mí siempre me recordaba a la fusta de padre.



Nos sentamos sobre la lápida de una tumba donde casi siempre nos poníamos a jugar a los caracoles. Como la iglesia se alzaba en una pequeña colina, podíamos ver a los pocos fieles que se iban acercando a través los campos. Allí estaban Tivvy y su padre, que venían de East Coppy, y Jancis, que llegaba por los humedales junto a los altos setos de los espinos, todos florecidos. Jancis era pequeñita, no alta como yo, pero siempre la veías antes que a los demás, pues parecía que la luz se concentrara en torno a ella. De cabellos dorados, sobre el rostro las sombras parecían teñidas todas del mismo reflejo pajizo. A mí me gustaba pensar en ella como en un nenúfar blanco lleno de polen amarillo o miel. Porque su piel era blanca, mucho, de un tono lechoso ausente de color a menos que se enojara o le entrase la timidez, mientras que la cara, de rasgos suaves y salpicada de hoyuelos en las mejillas, mostraba la redondez justa. La boca era roja

y propensa a la sonrisa; cuando sonreía los hoyuelos corrían uno al encuentro del otro. A veces pensaba que hubiera podido ahogarla por aquella manera que tenía de sonreír.

Se acercó a nosotros, muy recatada con su corpiño floreado y su falda azul, y con un ramito de flores prendido en el pañuelo. Aunque solo tenía dos años más que yo —pues era de la edad de Gideon—, parecía mucho mayor y ya había empezado a sonreírles a los chicos. La gente aseguraba: «A Jancis la de Beguildy no tardarán en rondarla».

Pero supe de buena tinta que el viejo Beguildy nunca tuvo intención de casarla. Más bien prefería conservarla como anzuelo para atraer a hombres jóvenes, pues quienes acudían a él eran, en su mayoría, o bien mozas sin dinero, o bien hombres mayores en busca de una maldición barata contra alguien. Y justo por entonces, al comprobar que Jancis se estaba convirtiendo en una hermosura de tonos pálidos, había empezado a animarla para que se acicalara y se sentara en la ventana de su casa medio rupestre por si alguien aparecía en el sendero. Pero por allí no pasaba apenas nadie, pues la laguna de Splash era un lugar casi tan solitario como Sarn. Llegó a fabricar un farol con cristales de color, un color como de rosas rojas, y mientras Jancis permanecía sentada en el alféizar de piedra de la ventana colgaba el farol sobre ella con un velón dentro, uno de importación, muy distinto de las velas de junco que utilizábamos por la zona. Se le había metido en la cabeza que si pasaba algún caballero de alcurnia camino de una feria o de alguna pelea de gallos de las que había más allá de los montes se enamoraría tal vez de ella. Beguildy había planeado hacerle pasar entonces y darle cerveza de la buena y hablarle de amuletos y hechizos para, al fin, ofrecerse a obrar el encantamiento de hacer que Venus apareciese. Todo aparecía escrito en uno de sus libros: cómo entrabas en una habitación oscura y le dabas al sabio cinco libras; él decía un encantamiento y al poco rato se dejaban notar una luz rosada y un perfume a rosas. Era entonces

cuando Venus surgía desnuda en mitad de la estancia. Solo que no habría sido Venus, sino Jancis. Por desgracia, tan gran caballero no acabó nunca de aparecer. El único hombre que la vio en la ventana fue Gideon, que regresaba del mercado un anochecer de invierno por aquel camino debido a que el otro estaba inundado. Se quedó tan embobado con ella que me estuvo hablando de Jancis hasta el hartazgo, pues tenía entonces diecinueve años, una edad muy tonta en los chicos. Hasta ese momento no se había fijado en ella más que para contarle esto o lo de más allá, igual que hacía conmigo. Pero a partir de ese día se volvía un bobo cuando estaba cerca. Nunca hubiera pensado que un muchacho tan decidido, tan plantado en sus costumbres y tan listo fuera a tornarse tan tierno por una chica.

Pero, claro, en el anochecer del que estaba hablando tenía solo diecisiete años, así que se limitó a decir:

—Venga, Jancis, escápate con nosotros a por conchas vacías.

—Oh —respondió Jancis—, y yo que quería jugar a verde grava, grava verde...

Tenía una curiosa forma de decir «oh» delante de todo que le ponía la boca como una rosa. Nunca supe si lo hacía adrede o solo porque era tímida y de hablar pausado.

—No hay nada que ganar si jugamos a grava verde —insistió Gideon—, mejor a caracoles.

—Oh, prefiero grava verde. A los caracoles me ganas seguro.

—Claro, pues por eso quiero jugar.

Llegó entonces Tivvy. Entró por el portillo y le dijimos lo que tenía que hacer. Era una pobre criatura con tan pocas luces que ni su nombre era capaz de recordar a veces, de lo raro que era, no digamos ya un sermón. Pero Gideon le explicó que bastaba con que ella se acordase del tema, él haría el resto. Eso sí, como no fuera capaz de recordar ni una idea, iba a retorcerle el brazo. Tivvy se echó a llorar.

En ese momento vimos al sacristán, que llegaba campo a través por las tierras de labor, muy solemne él con su larga vara de rayas blanquinegras, y también empezó a distinguirse el trote del pequeño caballo picazo del pastor al acercarse por el camino, así que nos marchamos. Allí se quedó Tivvy haciendo pucheros y al borde del llanto, convencida de que no iba a recordar ni una palabra del sermón. En lo que atañe a sermones, Tivvy me recordaba a nuestro perro cuando lo lavábamos: se tumbaba y dejaba que el agua le resbalase por encima. Pues lo mismo Tivvy con las palabras del predicador. Íbamos a meternos en un lío, lo veía venir.

Era una hermosa tarde. Volaban las golondrinas arriba en lo alto y el perfume de los majuelos en flor llenaba el aire. Cuando callaron las campanas —las nuestras y las otras—, nos acercamos al agua para ver si conseguíamos vislumbrar la aldea de abajo, como hacíamos casi todos los domingos. Pero allí no había más que nuestra iglesia de siempre vuelta del revés, más dos o tres cruces y lápidas lo mismo, y el caballito del pastor que pastaba cabeza abajo. Algunas veces, durante los atardeceres estivales, ya con el sol a punto de caer y el reflejo de la aguja del campanario cruzando el agua toda hasta llegar a nuestra casa, a mí me daba por pensar que era como si el dedo del Señor nos estuviera señalando.

Bajamos hasta los marjales y encontramos un montón de conchas de caracol. Gideon le ganó a Jancis todas las veces, lo cual resultó estupendo, porque así al final aceptó jugar a grava verde y por tanto los dos se quedaron contentos.

—¡Vamos, cuéntanos! —pidió Gideon a la vuelta.

Entonces Tivvy se echó a llorar y dijo que no se acordaba de nada. Gideon le retorció el brazo y ella soltó en un grito:

—¡Tierra quemada y pasto de fuego!

Quizá dijo eso porque era uno de los pasajes favoritos del sacristán, al que le gustaba repasarlo siguiendo el compás con golpecitos de vara.

—¿Qué más?

—Ni idea.

—Como no te acuerdes de más te voy a retorcer el brazo hasta que te lo arranque.

Tivvy puso una cara de lo más concentrada, como un gato en una lechería, y dijo:

—Han hablado de Adán y de Eva, y de Noé y de Semca-mjafet. Y también de Jesús en el pesebre con treinta monedas de plata.

El rostro de Gideon se ensombreció.

—Eso no tiene ningún sentido —asumió.

—Bueno, ya te lo ha dicho, déjala tranquila.

Hicimos el camino de regreso a casa. El reflejo de la aguja se extendía a lo largo del agua entera.



—¿De qué pasaje han hablado hoy? —preguntó padre.

—De tierra quemada y pasto de fuego.

—¿De eso ha tratado el sermón?

El inocente de Gideon se inventó una patraña en la que mezcló todas las cosas que había dicho Tivvy. ¡Pero qué historia más rara le salió! Y padre, sentado y quieto sin decir ni mu. Mientras, madre freía unas lonchas de tocino ahumado y sonreía con aquella sonrisa quejumbrosa.

De repente, padre se puso a gritar:

—¡Mentiroso! ¡Eres un mentiroso! Se ha acercado hace nada el pastor a preguntar si teníamos enfermos en casa, porque no ha aparecido nadie. Primero os habéis saltado la iglesia y después habéis querido tomarme el pelo.

Su cara pasó del rojo al morado. Se le marcaban todas las venas como si fuera carne cruda, algo horroroso. Entonces tomó la fusta y exclamó:

—¡Muchacho, te vas a llevar la mayor paliza de tu vida!

Atravesó la cocina en busca de Gideon, pero, de pronto, este bajó la cabeza y lo embistió. Tomado por sorpresa, padre

cayó de espaldas. Y el caso es que, bien por haber cenado demasiado tras una jornada interminable de trabajo con las abejas, bien por el ataque de mal genio sumado a la sorpresa de la caída —nunca lo supimos—, fuera lo que fuese lo que lo causó, le dio un ataque. Se quedó inmóvil, tendido bocarriba sobre las baldosas rojas, respirando de un modo tan estruendoso que el ruido llenaba la casa entera, como cuando alguien ronca de noche. Madre le desanudó la corbata de los domingos, lo incorporó y le refrescó la cara con agua fría, pero resultó inútil. Aquellos horribles jadeos continuaban y parecían devorar todos los demás sonidos, que se apagaron como mechas de junco puestas al viento. Ni el tictac del reloj era ya audible, ni el ronroneo de la gata, ni el crepitar del tocino en el fuego, ni el zumbido de la abeja en la ventana. Y también la luz parecía absorbida, y el aroma del rosal blanco de la entrada, hasta cualquier sensación del cuerpo o capacidad de pensamiento que hubiera podido albergar en ese instante. Era como si todo y todos nos hubiésemos vuelto parte de aquel ronquido funesto.

—¡Sarn! ¡Sarn! —gritaba madre—. ¡Ay, Sarn, pobre, vuelve en ti!

Intentó ponerle un poco de ginebra entre los labios, pero los tenía demasiado apretados. Entonces los ronquidos se transformaron en un estertor que daba pánico y que al poco se detuvo por completo y dio paso a un silencio espantoso, como si el universo entero hubiese enmudecido.

Durante ese rato Gideon permaneció inmóvil como una estatua. No pensaba en otra cosa, según me contaría más tarde, que en la fusta con la que padre quiso pegarle. Y aunque hasta entonces jamás había presenciado la muerte de nadie, cuando padre se quedó en silencio y muda la habitación, acertó a decir con una voz de lo más normal, a lo sumo un poquito temblorosa:

—Madre: se ha muerto. Voy a decírselo a las abejas. Si no, podemos perderlas.

Lloramos un buen rato madre y yo y cuando ya no pudimos llorar más volvieron a sentirse los ruidos de siempre: el tictac del reloj, las ascuas de leña deshaciéndose en el fuego y la respiración de la gata dormida.

Al volver Gideon conseguimos entre los tres colocar a padre en un colchón y amortajarlo con una sábana limpia. Tenía el aspecto de un hombre guapo y de buen porte, ahora que el color violáceo se le había ido del rostro.

Gideon cerró los postigos y salió a hacer una ronda donde los animales, para comprobar que todo estuviera en orden.

—Será mejor que se acueste, madre —ordenó—. Todo va bien y los animales están ya recogidos. Se lo he dicho a las abejas y las noto contentas. Les parece bien que yo sea el amo.